

Consideraciones surgidas ante el proceso de envejecimiento demográfico

Roberto Ham Chande

El proceso del envejecimiento demográfico plantea para México varias incertidumbres y una certeza. Comencemos por la certeza.

Hasta hace unas décadas envejecer en México era poco generalizado. En 1930 una niña recién nacida tenía una probabilidad de apenas 27% de llegar a los 65 años de edad, mientras que en 1990 su posibilidad de llegar a la vejez era de 80% y se espera que para el año 2030 la cifra suba a 89%. En esos mismos lapsos, una mujer que llegara a los 65 años en 1930 tenía una esperanza de vida de 10.5 años, este promedio de años por vivir luego de cumplir los 65 era de 16.5 años en 1990 y subirá a 18.2 en 2020. En el mismo sentido se dan cifras algo menores para los hombres. Las estadísticas y las proyecciones dicen que cada vez más se cumple y generaliza el anhelo de llevar a la vejez y sobreviviendo más tiempo en ella. Los avances socioeconómicos, los logros médicos y

las mejoras en la salud pública han tenido manifestación en la probabilidad de llegar a la vejez y alargar la vida.

Adicionalmente, las decrecientes tasas de fecundidad implican cada vez menos población en las primeras edades, con lo que la población envejecida es porcentualmente mayor. En 1930 se tenían 488 mil personas de 65 y más constituyendo el 3.0% de la población, el total fue de 3 millones 395 mil en el censo de 1990, y en el XIV Censo General de Población y Vivienda correspondiente al año 2020, se estima que se contarán 8 millones 900 mil personas en edad avanzada componiendo el 6.7% de la población total. Así la parte cierta es que México, al igual que el resto del mundo, está en un proceso de envejecimiento que gradualmente incrementa absoluta y porcentualmente las cifras de la población envejecida. Pero veamos aquello de las incertidumbres, comenzando por el significado de la vejez.

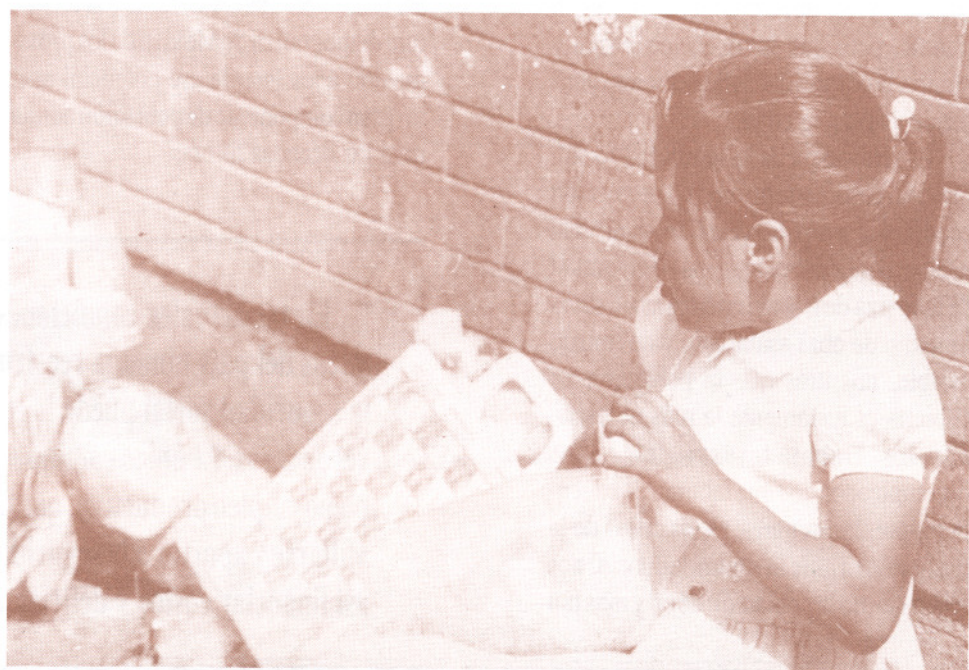
Director de
Estudios de
Salud Pública (El
Colegio de la
Frontera Norte)

Desafortunadamente, debemos aceptar que la vejez es esa etapa de la vida caracterizada por mermas en la salud, disminución en la capacidad física, obsolescencia social y económica, y pérdida de autonomía. Aunque a la vejez se la envuelva en cosméticos verbales como eso de llamarla tercera edad, la relevancia del envejecimiento está en razón directa de las cargas y dificultades que representa. De hecho, si todas las personas en edad avanzada observaran suficiente salud y capacidad económica y social, no tendríamos que estar explorando propuestas y buscando soluciones. Como no nos preocuparíamos por la pobreza si todos fuéramos ricos, o como no habría programas de integración de la mujer si entre sexos hubiera todas las igualdades socioeconómicas.

El principio básico es simple: el

anhelo personal y colectivo no es sólo vivir más sino que esa vida que se agrega tenga calidad en la salud, funcionalidad en la vida diaria, e independencia social y económica. Sin embargo, este propósito requiere de gran elaboración para que de simples buenos deseos se convierta en prácticas y políticas individuales, familiares y de gobierno. Tras esa meta distinguimos áreas de sensibilidad particular ante el envejecimiento.

El ámbito de la salud. Es experiencia mundial y también mexicana que las enfermedades agudas e infecciosas se controlan cada vez más. Esto es parte principal de la llegada a las edades avanzadas y la supervivencia en ella. A su vez esto da lugar a mayor incidencia en las enfermedades crónicas y degenerativas propias de la vejez, las cuales presentan comorbilidad, incurabilidad, invalidez,



altos costos, y grandes cargas sociales y familiares.

La proposición es que el sistema nacional de salud tome en cuenta las necesidades cambiantes en razón del envejecimiento. Dentro de esto, una de las principales consideraciones es sobre las acciones preventivas, sobre todo cuando hay lugar a prevención como es el caso de los hábitos de salud en las personas aún no envejecidas.

El área del trabajo. Una realidad es que las rápidas transformaciones de las últimas décadas en los métodos de producción y la propia internacionalización de la economía, hacen obsoleta la experiencia acumulada como tradicionalmente se ha considerado.

El reto es modificar las actitudes prevalecientes de una sobrevaluación de los conocimientos acumulados, hacia una capacitación que tome en cuenta los cambios y las nuevas demandas ante el trabajo, pero que también reconozca y maneje las capacidades decrecientes conforme avanza la edad.

La relevancia de la seguridad social. Sabemos que en términos de protección económica para la vejez la seguridad social apenas cubre algo más de la mitad de la fuerza de trabajo en México. Esta es la mano de obra asalariada y de trabajo estable, mientras que la población no cubierta es justamente la más necesitada: los trabajadores rurales, los desempleados, los que laboran por cuenta propia, las mujeres. Otras cifras de la desigualdad ante la seguridad social nos dicen que de la población de 60 y más tan

solo el 18% tienen algún tipo de pensión y que la gran mayoría de esas pensiones no alcanzan a ser un salario mínimo.

Ciertamente que la seguridad social es una institución en déficit financiero y actuarial no sólo en México sino en muchas otras naciones. Esto parece agudizarse ante las perspectivas de envejecimiento para lo cual no se ven soluciones directas e inmediatas. Ciertamente que las demandas por mejores pensiones son naturales y en general justificadas, pero cualquier concesión queda fuera de las posibilidades de los pocos recursos disponibles.

De hecho, en las actuales condiciones socioeconómicas del país ninguna reestructuración de la seguridad social puede lograr soluciones verdaderas. El único camino sería lograr un pleno empleo productivo, que fuera capaz de afiliarse y aportar a la seguridad social para así financiar costos y déficits. La estructura demográfica de México de los próximos 60 años guarda ese potencial ante un gran componente de población adulta para las décadas futuras.

"...En las actuales condiciones socioeconómicas del país ninguna reestructuración de la seguridad social puede lograr soluciones verdaderas. El único camino sería lograr un pleno empleo productivo, que fuera capaz de afiliarse y aportar a la seguridad social para así financiar costos y déficits..."



La familia. Los cambios en las estructuras demográficas tienen su manifestación en el nivel familiar. Las familias con cuatro generaciones coexistiendo van siendo comunes, con la particularidad de que las secciones jóvenes son proporcionalmente menores.

Ante problemas de salud e incapacidad de los componentes envejecidos de la familia, una seguridad social insuficiente, un menor número de miembros jóvenes, y valores culturales cambiantes ante la urbanización y la modernidad, se

plantea la necesidad de que la familia no se debilite en el papel que ha venido desempeñando como protectora y proveedora en el envejecimiento.

De hecho, estas áreas de la salud, el trabajo, la seguridad social y la familia frente al envejecimiento no son aisladas y se interrelacionan fuertemente entre sí. Es necesario su tratamiento integral ante los retos que significan en las perspectivas del país. Recordemos también que, después de todo, en el futuro de cada uno de nosotros hay una persona envejecida.